

Cuando nos gustaban las chicas

Cuando nos gustaban las chicas, o sea, en los años noventa, lo que nos separaba de ellas era una distancia muy grande: la palabra. Ahora, a los chicos y a las chicas solo los separa el Código Penal, prácticamente. Antes, había mucha obsesión con la palabra, la labia, qué decir. Se hacían películas sobre qué decir, manuales del qué decir y grandes teorías sobre qué decía luego el otro, que nunca era *sí*, sino algo más bonito. Gracias a las nuevas tecnologías, hoy ligarnos sale a devolver, nos sobran palabras por todos lados y te las puedes decir a ti mismo solo en tu casa. Con Tinder, ya basta hacer clic y saberse la ley para ligar lo necesario en el siglo XXI. Ese es el avance.

Cuando nos gustaban las chicas, en los años noventa, había modelos masculinos, no de músculos, sino de palabras. Estaba Woody Allen, claro, que era el más gracioso de los ligones, alguien capaz de hacer algo tan increíble como hablar con una chica mientras caminan juntos por la calle. Piénsenlo: es imposible conversar adorablemente y andar por la calle al mismo tiempo, solo pasa en las películas de Woody Allen y en las de sus imitadores. También

estaba *Antes del amanecer*, de Richard Linklater, donde Ethan Hawke no paraba de decir cosas graciosas a Julie Delpy, como si a Hawke le hicieran falta frases. Pero hablar mucho para ligar podía significar lo contrario: que se ligaba para hablar mucho, por oírse la inteligencia y el humor, por hacer la conversación y no el amor. Y estaba —por citar sólo tres— *Cuando Harry encontró a Sally*, que la encontró únicamente para darle la tabarra sin misericordia. Billy Cristal hacía chistes incluso después de casarse con Sally; de hecho, rompían para poder seguir diciéndose cosas.

Cuando nos gustaban las chicas, en los años noventa, se oían en el metro anécdotas como esta: un joven hablaba de su amigo Toni (pongamos), que había recorrido la discoteca *entrando* a todas las chicas, absolutamente a todas, y, al terminar, volvía con sus amigos y les decía que nada, que no le hacían ni caso. Y sus amigos le contestaban: “Da otra vuelta”. Y Toni daba otra vuelta. Se daban muchas vueltas en los años noventa, sí. Cuando nos gustaban las chicas.

Si les soy sincero, yo nunca entendí por qué los hombres teníamos que hacer reír a las mujeres en los años noventa, y no al revés. Ese borboteo verbal por el puro afán fornicador me recuerda cierta frase de Ray Loriga en *El hombre que inventó Manhattan*: “Empujar cuesta arriba conversaciones sin sentido”. Nunca fue lo mío.

Ya les digo que esto era cuando nos gustaban las chicas. Hace mucho, mucho tiempo.

A. O. 2024

Lo llaman amor cuando quieren decir Instagram

Llevo todo el verano, que confunde mucho, intentando escribir sobre amor. Pero, al darme cuenta de que no sé nada sobre el asunto, he decidido escribir sobre Instagram, de lo que tampoco tengo ni idea. Instagram es una red social valorada en 100.000 millones de dólares, o sea que tan lejos del amor no estará.

Ahora que mi escritura gira en torno al hecho de que me he comprado un móvil, he podido ver qué era eso de Instagram. Básicamente, es el catálogo de tu única sonrisa del día. Podría ser bonito que la gente supiera que, al cabo del día o de la semana, sólo tiene un rato de contento, y lo quisiera guardar para el futuro, como un hilo feliz de la vida, deshilvanado de la madeja cotidiana de pesadumbres. Pero la cosa va así. La gente no se fotografía cuando es feliz y lo sube a Instagram, sino que se fuerza feliz y lo sube a Instagram. El resultado son 1000 millones de personas anunciando la pasta dentífrica de su existencia.

¿Cuántos bikinis es necesario tener para abrirse una cuenta en Instagram? Es la pregunta, muy C. Tangana, que me llevo haciendo todo el verano. La verdad es que el mundo del bikini es muy variado, muy imaginativo, se hacen muchas virguerías para tapar y destapar un cuerpo, para darle —que dijo Barthes— distancia al deseo. La verdad es que Barthes no dijo esto, me lo acabo de inventar.

El caso es que durante semanas he ido entrando en Instagram un poco para cotillear vuestras vidas felices y, como me he aburrido pronto, he acabado viendo las vidas que Instagram considera felices de verdad, referenciales. Salen a nada que le das a una lupa, decenas de fotografías y vídeos articulados en forma de mosaico y con *scroll* infinito. Sin decirle nada a la aplicación, sin proponer mis gustos, sin seguir a nadie, sin subir una sola foto, entendí por tanto que ese tapiz de vidas era lo mejor que podía ofrecer Instagram, la *crème de la crème* de su colosal archivo del mundo.

Y lo mejor que podía ofrecer Instagram eran chicas en bikini. Cada vez que entraba en la aplicación, y le daba a la lupa, decenas de chicas jóvenes en bikini me estaban esperando. Al pinchar en una de ellas, veía que su perfil era una sucesión de posados en bikini en playas renombradas, y que en cada foto se exhibía una ropa de baño distinta, muy chula. Había que tener entre 20 y 50 bikinis para esto de Instagram, calculé.

Las chicas, modelos, actrices, presentadoras, mujeres de mundo que salían por cientos en ese tapiz introductorio de

la aplicación no sólo nos confirmaban que ser guapa es lo único que merece la pena de la vida, sino que añadían otra evidencia científica de la felicidad: que ser rico es lo único que merece la pena en la vida. Pues sus posados, invariablemente, debían ir aliñados con todo el lujo posible, desde champán Moët&Chandon a bolsos de Gucci, a cajas de relojes de Gucci, a zapatos fabricados por Gucci. Nunca vi un libro cerca de un bikini, y eso se debe a que, por desgracia, Gucci no publica libros.

Cuando uno se satura de belleza, incitación y ombligos es cuando ve con claridad el punto ridículo a todo esto. Una chica que se levanta cada día para hacer un bailecito, ponerse a cuatro patas, fruncir los labios y vestirse de Gucci para cenar, y ahí lo tienes y esa es su vida y a ver qué haces con todo eso. Junto a esa chica, un millón de chicas más hacen lo mismo. Ninguna puede ser más guapa que otra, y por eso se inventaron los *likes*, para que las chicas sepan por fin quién es la más guapa, y las demás se suiciden.

No ignoro que hay mucho trabajo detrás de conseguir ser completamente superficial. Incluso diría que estoy a favor de que la belleza —tomada como una abstracción modal— pueda ser electiva, y si te eliges guapa a pesar de no parecerlo, y empeñas tu vida en ser considerada extraordinariamente sexy a costa de cirugías, filtros, Guccis y renunciamientos, por lo menos has conseguido algo. No sé, un millón de seguidores en Instagram y hasta vivir de ello. Algo.

Sin embargo, Instagram, en el tapiz que les digo, completamente elaborado por la aplicación sin contar conmigo, mezclaba con las chicas en bikini un segundo tipo de imágenes, y a veces casi en idéntica cantidad. Eran, en fin, fotos de frases, muy chulas también, de tipografías claras y molonas y sobre el fondo de un actor o emprendedor famoso o de un entorno urbano selecto. Las frases iban todas de triunfar, de ganar, de mejorar, de ser el número uno y, en definitiva, de volverse rico. Procedían de perfiles llamados Jóvenes sin jefes, Metas Billonarias, Millonarios Gigantes o Empresarios Digitales, y decían cosas como: “Algún día te diré: Madre, no trabajes más, no te esfuerces más, yo te daré todo lo que necesitas porque mereces vivir como la reina que eres”. O: “El pobre quiere comprar el lujo hoy y hacer el negocio mañana. El rico quiere hacer el negocio hoy para poder comprar el lujo mañana”. La verdad es que los pobres, y los trabajadores por cuenta ajena, no les caían muy bien a esta gente. Es más: no pocas frases se burlaban de “aquel compañero” que sacaba buenas notas en el colegio y que ahora trabajaba “en un McDonalds”. Ja, ja, ja. Todas estas máximas o aforismos tan edificantes mentalizaban para el éxito, el derroche, el supercoche, la propinoche de 400 euros en restaurantes en Marbella. Mentalizaban, esto es lo importante, únicamente a hombres.

Así que, para que yo me aclare, lo que teníamos era, por un lado, a un montón de chicas guapísimas en bikini tan atractivas como inaccesibles luciendo Guccis y, a veces, su

culo sentado en un Ferrari, y, por otro, frases dirigidas a hombres sobre cómo hacerse ricos para poder comprar Guccis y Ferraris. Me suena de algo este binomio, esperen. Ah, sí, ¡amor!

Lo llaman Instagram cuando quieren decir amor o lo llaman amor cuando quieren decir Instagram. Ya les confesé *ut supra* que yo, de amor, ni flores. Por eso admiro al portero del Real Madrid, Thibaut Courtois. Él sabe.

Mientras me decantaba entre escribir sobre amor o escribir sobre Instagram, el tío me pasó por la derecha, y se “enamorado” (¿no es fascinante este verbo reflexivo, “enamorarse”?; cada vez que alguien con más de quince años lo usa me deja de piedra, se lo juro), y lo contó en Instagram, valga la redundancia, y con esta frase además: “El amor de mi vida”. Courtois se había echado novia y la presentaba en sociedad en una imagen en la que aparecían los dos caminando de la mano. Todo muy humillante para mí.

¿Cómo sabe Courtois lo que es el amor, qué ha estudiado? ¿Cómo sabe que su nueva novia es “el amor de su vida”? Es decir, ¿cómo sabe que una supermodelo israelí de 22 años es el amor de su vida? Qué tío. Yo sería incapaz de saberlo.

¿Qué es el amor? Eso llevo preguntándome y preguntando a mi amigos y amigas estas últimas semanas, sin saber que la respuesta estaba en Instagram. Una de estas amigas, escritora, sabia, poemas subrayados de Salinas, confesaba por ejemplo que no conseguía enamorarse. El

portero del Real Madrid sí. Otra prueba más de la inquestionable superioridad del fútbol sobre la literatura.

Ah, el amor. Quizá haya que ganar 7,2 millones de euros netos al año para saber lo que es el amor, reconocerlo al primer vistazo y darle “me gusta”.

Amor normal

Si usted lee la prensa de vez en cuando, habrá notado que regularmente se da por hecho que el amor ha cambiado en estos tiempos y que, en fin, se ha vuelto fluido, no normativo, líquido o, quizá, gaseoso. Es mentira, por supuesto. La apabullante presencia en medios de todo tipo de juegos florales del sentimiento nos lleva a pensar que no estamos en la onda, que debemos mover ficha, follarse de forma más moderna o decir por lo menos —por si cue-la— que nuestra relación es “no monógama”.

Cada vez que escucho a alguien decir que su relación es no monógama me aburro. Antes nadie decía que su relación era monógama: se daba por hecho que, si podías, ibas a ser infiel. No ha habido nunca relaciones monolíticamente monógamas, lo único que ha habido es más o menos oportunidades de sucumbir a una monotonía.

La gente anda confundida, buscando amor, buscando variedad, pensándose las ingles y los años. Todas las mujeres casadas están aburridísimas. Todos los hombres

casados lo saben. En las revistas se habla de un mundo mejor, poliamoroso y de mucha *app*, y parece que usted se lo está perdiendo. De pronto, el dulce sufrimiento de toda la vida ya no es suficiente.

Digamos cuanto antes que aquí escribe un fan de toda la teoría sexual y amorosa habida y por haber, y de su práctica desatada. Desde el término *bicurious*, cuyo uso se remonta a mediados de los ochenta, hasta los actuales estados fluidos y no binarios y métrico-decimales, la categorización de lo que unos podemos hacer carnalmente con los otros me ha llegado a apasionar. También yo he sido joven; es decir, idiota.

Ahora, sin embargo, no puedo más con tanto etiquetado, tanto *packaging* afectivo, tanta inflación terminológica, y su consecuencia inmediata: un postureo erótico interminable. Sucede que la gente se propone muy complicada porque ha aprendido a simplificarse con cuatro polisílabos seguidos, volcados del inglés. Por ejemplo: “no binario de género fluido”. ¿Así de simple eres? Después de definirte, según el catálogo de 37 identidades sexuales que ha puesto a tu disposición un triste, sales a la calle ¿y ya está? ¿No puede pasar nada nuevo? ¿No puede suceder que te enamores, como tu abuela, de un cabo furriel? Dado que tu carné auto-expedido excluye a los cabos furrieles, no, no puede pasar eso.

Cada vez que alguien me dice lo que es, sexualmente hablando, y además con gran aplomo y cierta altanería, con una pueril confianza en sí mismo, pienso: ¿se lo digo

o no? Y no, no se lo digo. No le digo que hay cosas mucho más complicadas que ser no binario de género fluido o “persona de sexo no ajustado”. Por ejemplo, ser normal.

Sí, amigos, amantes, amados, ser hetero es jodidamente complicado. Como, de hecho, sabéis todos. Sin embargo, estos listados, estas nomenclaturas, muchas veces explícitamente, dan a entender que hay una, por lo demás, inmensa mayoría de gente aburridísima a la que, siendo hombre, le gustan las mujeres y, siendo mujer, le gustan los hombres, y que eso, tan tradicional, no tiene mayor secreto ni matiz, como las piedras del camino.

Redescubrir la increíble complejidad de la supuestamente tradicional y supuestamente periclitada relación entre un hombre y una mujer es algo que les recomiendo para cuando tengan una tarde libre. No sólo porque las 37 o 77 categorías acuñadas por un triste en alguna parte del mundo donde llueve están todas ahí, en cualquier relación, así llamada, heteronormativa, sino porque, despreocupados de qué nombre dar a lo que uno hace y siente, fluye naturalmente la corriente central del amor y del sexo, que con gran generosidad les voy a revelar: el dolor.

La aplastante teorización sexoafectiva de la que les hablo no es en definitiva sino una forma aparatosamente ridícula de decirle a la gente que no va a sufrir cuando alguien no le haga caso, cuando alguien se acueste con otro, cuando alguien le deje o cuando esté completamente solo. Vas a sufrir todo el tiempo, por muy bonito que te lames.

Eva Illouz (*El fin del amor*) ha señalado que estos catálogos, lejos de ser revolucionarios, son en realidad la colección otoño-invierno del individualismo mercadotécnicamente propositivo de nuestro tiempo. Simples *prêt-à-porter* sentimentales. A lo mejor habría que recordarle a la gente que puede disfrutar de su vida privada un poco más si consigue no subastarla en Instagram.

Definirse sexualmente es lo que hace la gente que ha renunciado a la intimidad. Y definir sexualmente la intimidad de los demás (cisgénero o no sé qué) es lo que hace esa misma gente cuando cree que todos somos tan increíblemente simples como ellos.

Nadie es normal, amigos, todos estamos enamorados. ¿Amor romántico hetero-normativo y doloroso? Sí, por supuesto.